

El Pintor místico del Amor

Julio Romero de Torres y su Arte



AMOS a trazar, de un modo esquemático, las ideas que, en el momento, nos sugiere la obra pictórica de Julio Romero de Torres.

Creemos, sin embargo, que el arte del genial cordobés necesitaría más amplia explicación, en su estructura espiritual y formal; pero debemos dejar el detenido análisis de los elementos para empresa de mayores tiempo y empeño.

También se nos alcanza el peligro que, para quien esto escribe, supone el intento de estudio crítico de un pintor contemporáneo del valor de Romero de Torres y que aún está en marcha; no habiendo aún autorizados y definitivos estudios completos sobre su obra en este sentido; pero ello nos garantiza, al mismo tiempo, de los errores en que podamos incurrir, ya que estamos a nuestras propias y escasas fuerzas atendid.

Nuestro trabajo así tiene un valor mínimo y personal.

Julio Romero de Torres es, en el más estricto sentido de la frase, un verdadero artista, y su obra pictórica, así mismo, de verdadero arte, porque ambos se mueven y responden a un alto ideal de belleza.

No haremos sino esbozar sus condiciones generales, reseñando cómo el espíritu de Julio Romero, nacido y educado en Córdoba, tenía que engendrar su ideal de Arte, con la esencia de su ciudad; y que éste embrión había de ser, posteriormente, la espléndida criatura de su genialidad.

El alma creadora de Julio Romero, española en la modalidad de Córdoba, tiene la esencia de la raza en doble virtualidad, sensual y mística; la mezcla misma común en árabes y castellanos.

En ningún lugar de España pudo darse, de manera más eminente, esta equivalencia, que en Córdoba; donde floreció la civilización española mulsumana.

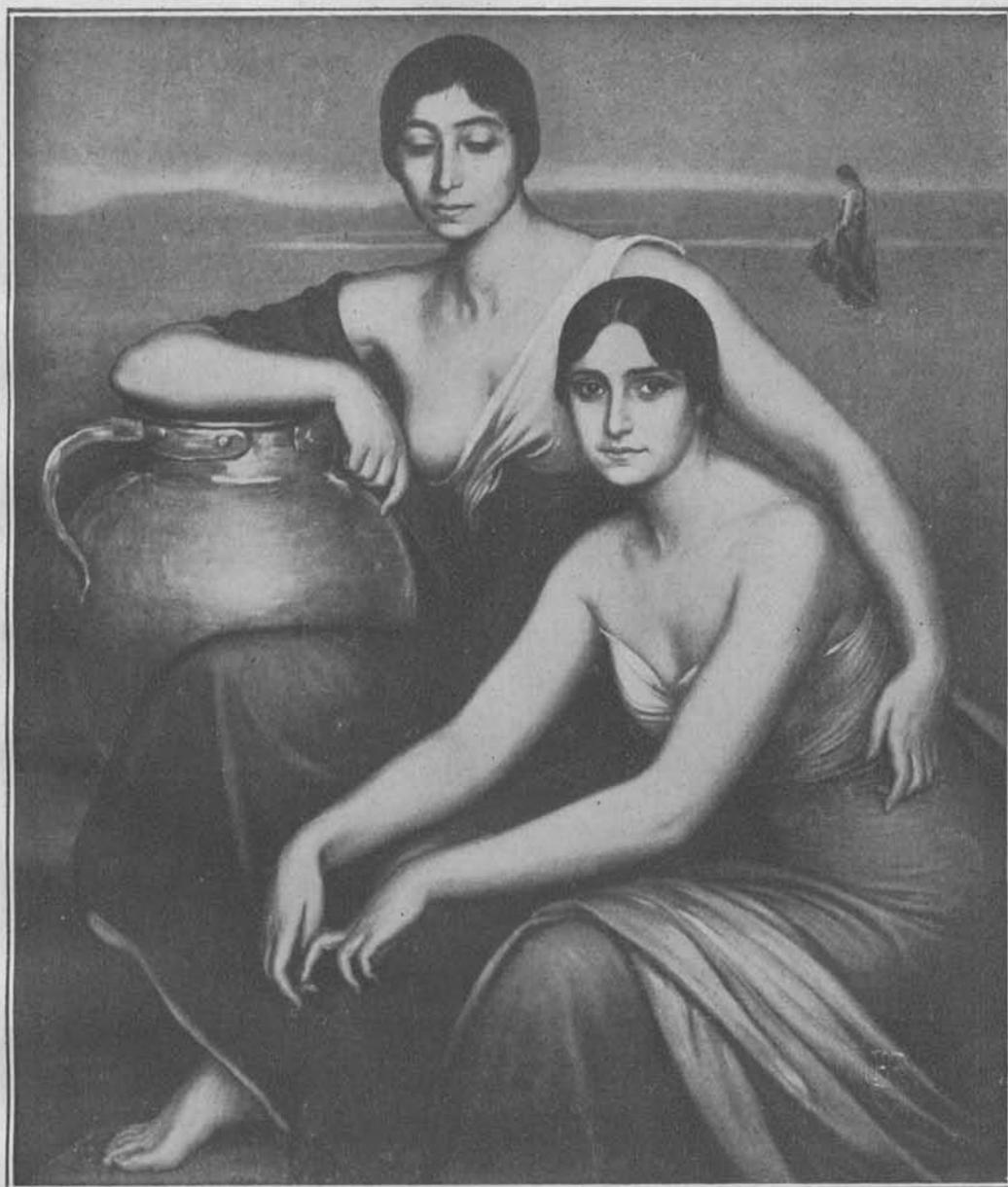
La ciudad está impregnada toda ella de esas esencias espirituales, en las que está troquelada, por aquellos ocho siglos de contacto y de lucha, el alma nacional española, que aquí tuvo así su mejor ley de acuñamiento.

El instinto perceptivo del artista siente esta fusión cordobesa y engendra su ideal sobre su fundamento del Amor.

La concepción artística de Julio Romero ha de poseer, por ello, un elemento de tradición clásica: el desnudo; pero no ya en su amplitud de especie, como en la escultura griega, o en Miguel Angel; sino en la limitación genérica femenina a que le llevará su ideal, y con las modificaciones que imponen sus circunstancias y temperamento.

No hemos de buscar, pues, sus antecedentes en la inmediata pintura española, religiosa y realista. Su ideal pictórico ha de ser contrastado en las mismas escuelas italianas del Renacimiento.

Esto es efectivo, pues el Pintor de Córdoba, ya en posesión de su ideal y puesto ante las obras maestras de Florencia, Roma y Venecia se diría, como Sócrates al oír a



RUHT Y NOEMI

Platón; «He aquí el cisne de que yo había hablado ayer»,
«He aquí el ideal que yo había soñado.»

El Pintor de Córdoba—la ciudad ápice del alma nacional—recibe, de ésta, el carácter dominante de su espíritu en la Mujer cordobesa, que idealizada expresará su ideal,

Porque de modo semejante a los escultores griegos, que

crearon un ideal abstracto de belleza humana, destacando los rasgos fundamentales del carácter; simplificando los elementos de expresión; idealizando, en síntesis, el tipo de su raza, misión que supieron realizar también los grandes pintores italianos, Julio Romero, siente, igualmente, la máxima intención de arte, en la forma humana femenina, con canon y espíritu propios de su época.

Romero de Torres no va a la imitación, sino a la creación.

Los escultores griegos habían creado su ideal en conformidad con los estados de su tiempo. No se puede negar que las estatuas de Grecia tienen espiritualidad; plena vida del espíritu helénico.

También Italia ha sido siempre, como le corresponde, un país profundamente pagano. Aún en pleno cristianismo su Arte se alimentó, como de su propia naturaleza, de la tradición clásica; y modelos griegos fomentaron el Renacimiento.

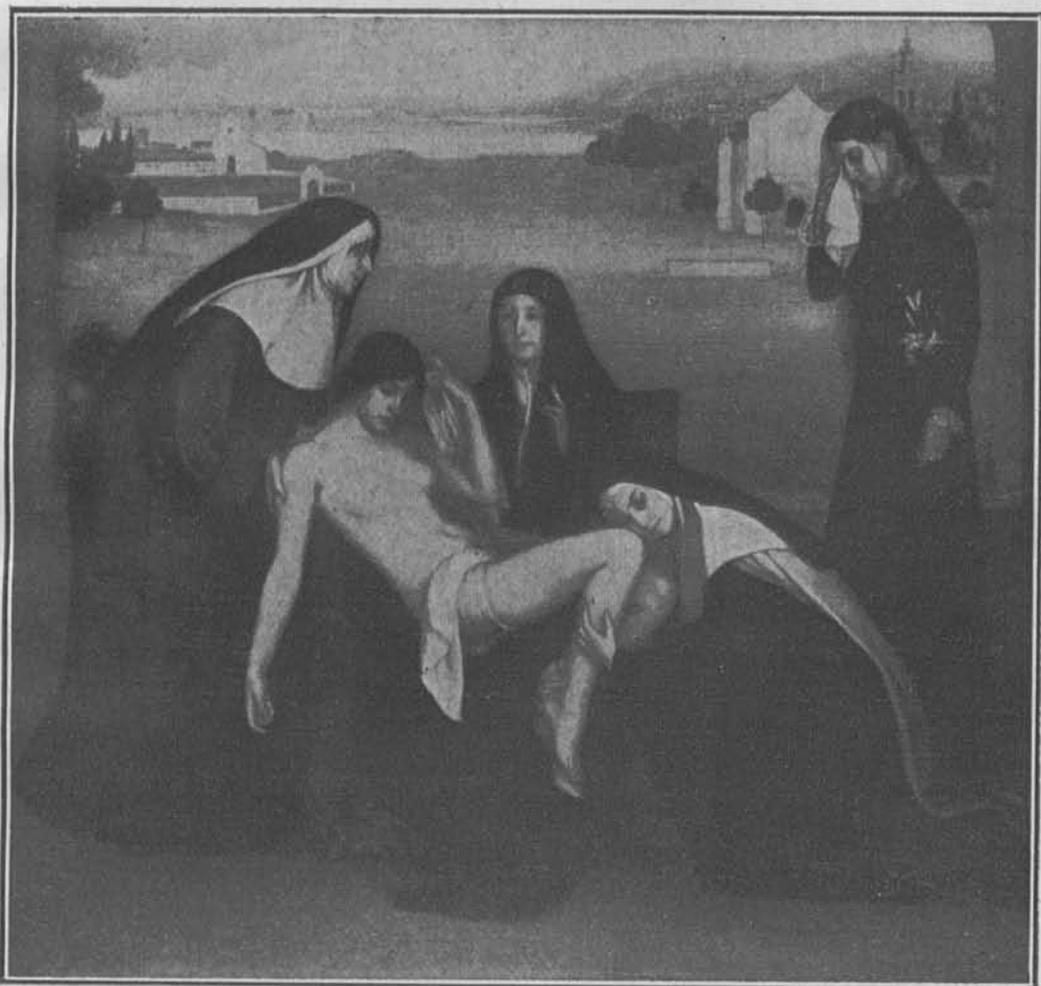
Las escuelas pictóricas de Italia se producen en un ambiente de riqueza y sensualidad, en que las puras formas clásicas se infunden; pero en la nueva modalidad espiritual más compleja, que expresan Leonardo; Rafael; Miguel Ángel; Tiziano: el misterio inteligente; la humanizada ternura; el esfuerzo del dolor universal; el goce refinado de los sentidos, son sus creaciones.

Julio Romero de Torres, artista moderno de coeficiente español con esponente cordobés, formado—como en el corazón de su raza—en Córdoba, sensual y mística; mora y castellana, se halla en la doble encrucijada, que son su temperamento y su ciudad; y la resultante, en ésta, de su historia; su vida actual, de indolente reposo, en que las almas desarrollan el drama de la pasión del Amor.

El Amor español en su mistificada esencia espiritual y

sensual, divina y humana; en su más reconcentrado esenciario: la Mujer cordobesa; y en la misma raíz del alma será la abstracción de Julio Romero.

Y su forma expresiva la Mujer, sujeto y objeto; puesta, como en su altar, en el cruce del sentimiento de su divinación por moros y cristianos, pues que unos y otros se rendían a ella en pleitesía de esforzado valor y culto de fervor religioso.



LA GRACIA



enemos ya la clave del ideal artístico de Julio Romero. Existe después una norma, paralela a la complejidad de su carácter, que es, como ya indicamos, la de la Historia de su Arte.

Y así como su ideal es un resultado sintético, también, en cierto modo, lo ha de ser su Arte.

El arte como condición humana evoluciona. Variadas las circunstancias, varía él.

El espíritu humano se complica cada vez más y sus concepciones también.

Es teoría general y clásica que las artes pasaron ya de sus periodos de madurez; y que en el árbol de la pintura —como en el de las demás— se ha recogido ya el fruto natural y espontáneo.

Nos referimos aquí a los géneros clásicos y representativos de la figura humana.

Así se considera a la escultura griega, producida en sus circunstancias naturales y espontáneas, como completa e insuperable; y a las escuelas pictóricas de Italia y Flandes, como imposible de igualar.

Esto, en cierto modo, es verdad; pero nosotros no sacamos de ello, sino la ley fundamental de que, como todo en la vida, el Arte se sucede, y cada época dá una floración en nueva categoría.

El calor de creación en el hombre persiste, sin embargo, con igual potencialidad

Así puede explicarse el ideal vigoroso de Julio Romero.

Pero, como las formas del desnudo griego pagano se infiltraron, a través de los modelos escultóricos, en la Pin-



AMOR MÍSTICO Y AMOR PROFANO

tura italiana del Renacimiento, sin menoscabo para el ideal, antes al contrario, fortificando y garantizando, con lo pasado, el espíritu nuevo, así las formas de los modelos italianos se infiltran, a su vez, en la obra de Julio Romero,

que encuentra en ellas aquel amor a la forma humana desnuda, que la esencia espiritual del cristianismo desterró del Arte.

Julio Romero encuentra, pues, en el arte italiano su punto de referencia; como el mismo sentimiento de amor a lo humano de los pintores renacentistas, lo encontró en el paganismo clásico.

Si los grandes pintores de Italia paganizaron su ideal, Julio Romero lo italianiza.

Así abstrae del arte italiano caracteres pictóricos fundamentales. El estiramiento de las figuras; la elegancia de actitud; la armonía compositiva de la escuela florentina; la suavidad y nobleza de líneas de la pintura veneciana.

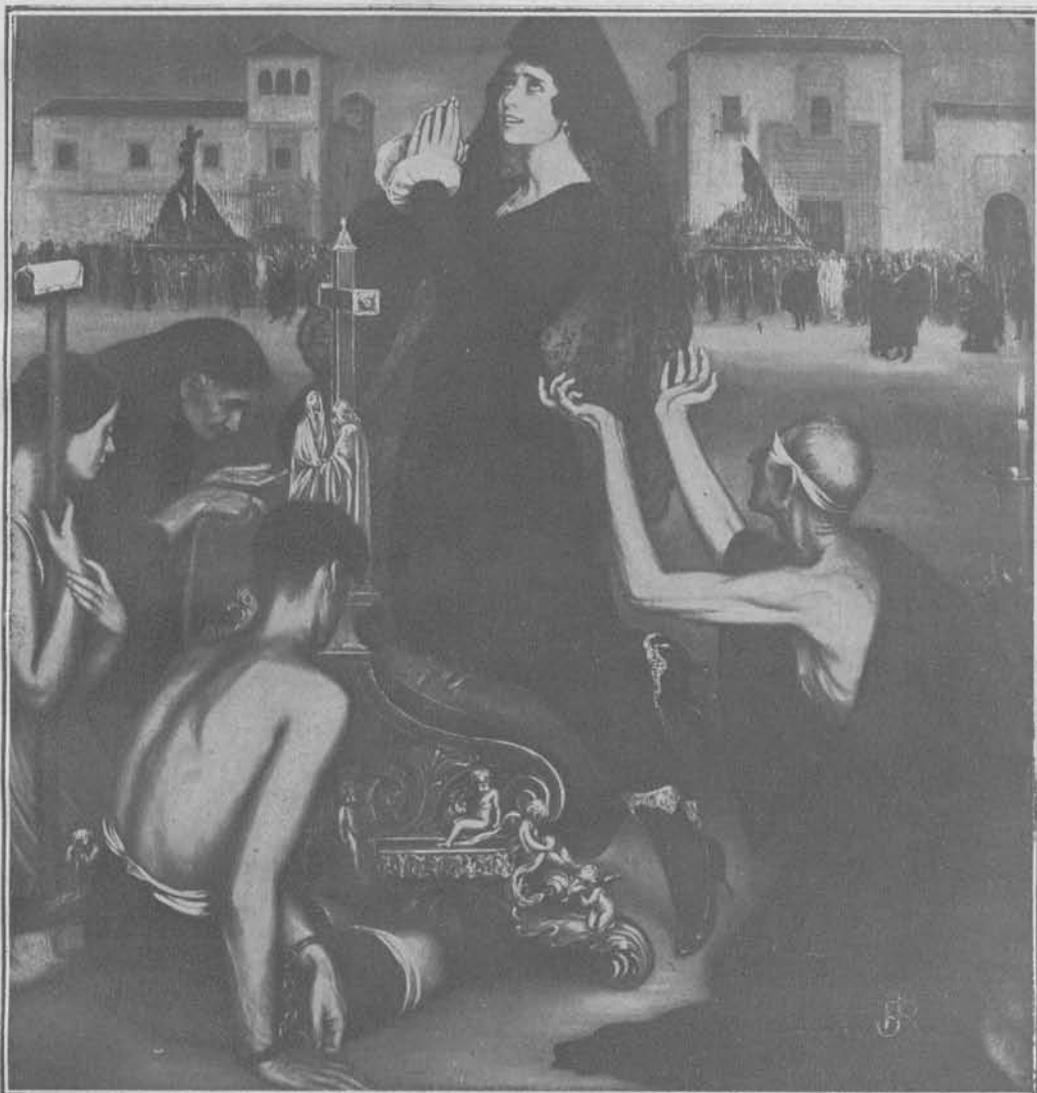
Todo ello impulsa a su ideal y le sirve a su creación, que es en definitiva tan propiamente española y cordobesa, como en su propio sentido lo fueron las de las ciudades italianas del Renacimiento.

*
*
*

Consideremos ahora, a grandes rasgos, el carácter de la obra pictórica de Julio Romero en la que aparece, desde su principio, para la figura femenina cordobesa, que el pintor idealiza.

El reposo indolente en las actitudes del cuerpo; la quietud expresiva de una vida espiritual contemplativa. El gesto visionario; el ensueño de amor, son el contenido del rostro y de los ojos.

El pintor de la Mujer cordobesa sigue la tradición fundamental de arte: la estilización.



LA SAETA

Crea así un estilo estético; la máxima altura artística, porque el estilo es la feliz expresión de un ideal.

Julio Romero percibe el sentimiento del alma española en la Mujer cordobesa; recoge los elementos fundamentales de su carácter y los manifiesta, creando su ideal en el sentimiento de su época.

El Pintor de Córdoba quitaesencia la mixtificación, pasional y espiritual, femenina; los goces sensuales y los puros anhelos, que patentizan su carácter.

Desde el principio aparece la doble expresión denominada, así «El Amor místico y Amor profano», como el lema de su ideal de Arte.

Y todo ello mixtificado siempre, en un hermanaje recíproco y simultáneo.

Empieza a manifestarse así, pleno y vital, en sus primeras figuras, deliberadamente hieráticas; en las que el cuerpo femenino apenas acusa, bajo el vestido, la noble delicadeza de su estructura, que ha de ir aflorando levemente, místicamente de las blusas ligeras, de las faldas y veladas por el mantón o la mantilla.

Empieza el Pintor, como en una caricia y un culto, al mismo tiempo, acusando la curva femenina con el ajustamiento y el plegado, en el suave acento de Fidias y de Rafael; hasta dejar después la piel morena de la virgen cordobesa a la pura caricia del aire y la mirada; como las diosas del paganismo y las Venus del Renacimiento.

Pero la Flor de la Belleza se manifiesta—por la genialidad del Artista—ungida con su peculiar carácter; y el cuerpo desnudo de la Mujer cordobesa tiene la contención y la misticidad del espíritu, que asoma sus ojos.

Toda ella es la producción femenina de su época y responde al terreno espiritual de su cultivo, en modo semejante a como los fuertes ideales griego, italiano y flamenco, respondieron cada uno al suyo.

Las figuras de Romero tienen la serenidad y el equilibrio de la tradición clásica, que estiliza y simplifica, en lo fundamental, el cuerpo y el espíritu.

Y si los artistas griegos consiguieron esta estilización del ideal, no solamente en los tipos abstractos, sino en los retratos mismos, propensión también italiana, Julio Romero llega a lo mismo; y de aquí la semejanza fundamental de todas sus figuras, y la cual lleva hasta el retrato, al que

impone los caracteres de su ideal estético, más fuerte que el modelo de la realidad.

Los caracteres de esta idealización se manifiestan en la esbeltez enjuta del cuerpo meridional andaluz; en la noble simetría de los miembros ágiles y finos de la raza; en la dignidad de la actitud y el gesto, que contiene el hervor interior.

Esto es lo que Julio Romero cultiva y desarrolla cada vez con más fuerza y seguridad.

Julio Romero encierra el sentimiento nacional del Amor en el joyero de su ciudad, y es la vida de Córdoba, con su



LA SULAMITA

fuerte esencia tradicional, la que surge en sus lienzos locales.

Córdoba callada, recogida; adormilada, en la voluptuosidad del suelo andaluz, con ensueños y delirios de amores.

La Mujer en su excelsa misión de su vida y la Vida; el Amor.

El drama femenino de la flor virginal, deshojada en holocausto al Esposo divino o humano.

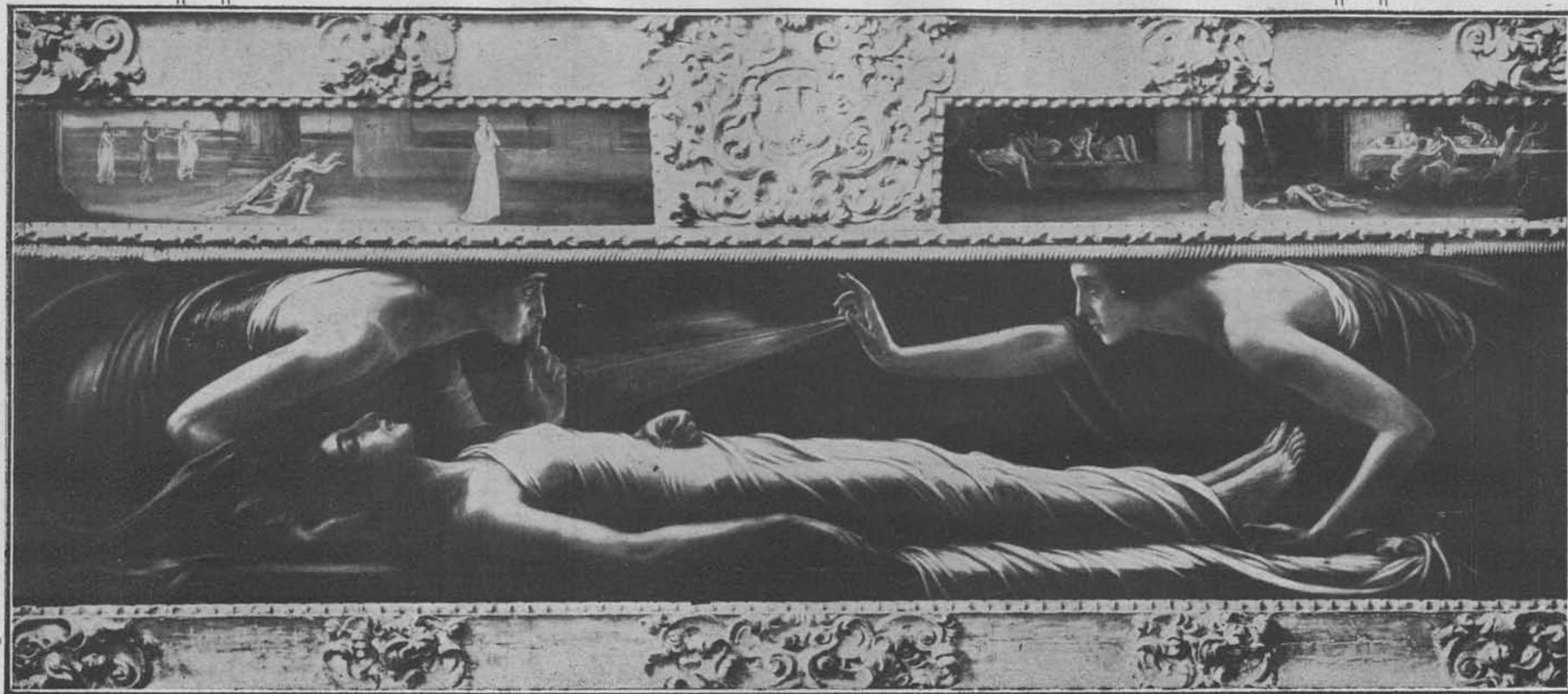
«Flor de santidad» y «La niña de la mantilla», figuras esbeltas y austeras, con el libro de oraciones y el rosario en las afiladas manitas y camino de la iglesia. «Angeles y Fuensanta» y «Las niñas de la Ribera» quietas, que ronda el mocito juncal.

«El Poema de Córdoba», que canta la historia y la tradición, gloriosas, de la ciudad; poniendo la maravilla femenina cordobesa en sublime pareado espiritual con la filosofía; la fé religiosa; la poesía y el valor cordobeses, que son Séneca y Maimónides; Osio; el Gran Capitán; San Rafael; Gongora, el divino culterano, y Lagartijo.

La amorosa concepción medioeval, que diviniza a la Mujer, en «El Retablo del Amor»; donde se dan, conjuntamente, el acento cristiano de una Anunciación y el acento pagano de una Procesión de las Panateneas.

El fervor religioso a lo femenino hasta el rezo mismo, que parece representar esa insuperable concepción de «La Venus de la Poesía».

Así continúan las mixtificaciones del Pintor del Amor, con la más pura intención y sentimiento estéticos; en larga teoría de figuras en que el desnudo pagano aparece como santificado por el ideal fervoroso hasta el milagro mismo de emoción, que es «La Gracia», donde, en la originalidad de un espíritu actualísimo, el genio del pintor parece resu-



LA MUERTE DE SANTA INÉS

citar el drama humano de la Divinidad, en la evocación del Descendimiento.

Luego los cuadros bíblicos, en los que las escenas del Antiguo Testamento se trasplantan a Córdoba y sus mujeres: »Ruht y Noemi»; «La Samaritana»; «Salomé»; «La Magdalena»; «Judit»; «La Sulamita»... tienen una fuerza evocadora actual más fuerte que otras representaciones de escuela sujetas a lo externo, también, de la época.

Y los cuadros de coplas, desde el lienzo de «La Consagración» a «La Malagueña»; «La saeta»; «Carceleras»; «Seguidillas»; la vena gitana del cante andaluz; la más honda expresión humana de lo pasional y sentimental; del goce y el dolor unidos, que hacen vibrar la melodía del alma en la guitarra.

Entre la sensualidad de «La Musa Gitana» y la pureza de «La muerte de Santa Inés» todo un mundo de figuras femeninas, plenas de su ideal.

Julio Romero ostenta el instinto italiano de la armónica composición. Las figuras y las escenas no están como en el acaso de la Naturaleza; sino dispuestas bajo un dominio de arte.

Con simetría y euritmia los palacios y las iglesias; las plazoletas y las fuentes; las torres y los triunfos; los árboles y los largos blancos tapiales cordobeses, se disponen en los fondos místicos para agrandar a la vista; y el horizonte se marca en la línea, ininterrumpida, que dá la suave ondulación de la campiña.

La línea es para Julio Romero, el fundamento de la expresión.

El Pintor de Córdoba, lugar meridional donde la gran luminosidad de la seca atmósfera, recorta precisamente todos los elementos naturales, había de percibir el valor de las figuras en sus contornos, que llega al máximo de emoción en la línea femenina.

No hemos de entrar aquí en análisis del desarrollo y avance en la factura de dibujo y modelado de Julio Romero; ni hacer explicación fundamentada de su procedimiento pictórico, en la suave y templada entonación del colorido, así como algún otro detalle de indumentaria convencional, y necesaria.

Baste, de todo lo escrito, deducir y afirmar que Julio Romero ha concebido y realizado en su arte, un ideal de gran valor estético, pues responde a un sentimiento fuerte y actual; condiciones indispensables para crear y perpetuar.

Y en modo semejante a los griegos, que crearon el ideal pagano; como la Pintura italiana el de la nueva vida inteligente; y la de los Paisajes Bajos el del goce de los sentidos animalizados, Julio Romero, concibe, en la Córdoba actual, su ideal místico del Amor; porque en él el culto pagano a la Venus desnuda se mixtifica con el religioso fervor del caballero medioeval a su Amada y producen la Imagen cordobesa, con el hálito espiritual de su ciudad, en un contemplativo quietismo primitivo.

OCTAVIO NOGALES.

